

SUEÑOS DE KAFKA, SUEÑO 11. Eva Hibernia.

Un pasaje estrecho, con una cristalera abovedada por techo.

K vestido de esmokin pero con zapatillas de estar en casa.

La señora Tschissik vestida de fiesta, el vestido es color oro pálido, el escote pronunciado, hasta el ombligo. Lleva una gargantilla de cuero cuyo motivo principal es una cuenta alargada que recuerda a un barrilito. La cola del vestido tiene pelos. Los zapatos son pezuñas de tacón.

K enciende un fósforo.

K: Pase usted primero, señora Tschissik.

S.T: De ninguna manera.

K: Pero es usted una dama, señora Tschissik, las damas siempre son lo primero.

S.T: (llora) Gracias, amigo mío, creía que usted había dado crédito a esas habladurías que corren por ahí... sobre mí.

K: No, no son habladurías, cucarachas pueden ser, pero usted lleva buenos zapatos, al fin y al cabo esto es muy estrecho, muy antiguo, es normal que vivan cucarachas, ratas, murmuraciones, animales que necesitan arrastrarse. Este es un sitio ideal para arrastrarse.

S.T: Déjeme la cerilla.

K: No se queme.

S.T.: ¿Qué parezco con la cerilla en la mano?

K: Oh, señora Tschissik, toda usted parece luz, una santa nimbada, una dulce paloma.

S.T: Eso demuestra que estamos en un cuadro de los primitivos italianos. Es un alivio.

K: Entonces por eso tenemos tan mala perspectiva, los primitivos italianos eran muy malos con eso de la perspectiva, la hacían mal adrede, y entonces ya me dirá usted cómo vamos a salir de aquí.

S.T: Entiéndame amigo, la gente siempre busca lo peor de una, ya se lo habrán dicho. Los malditos primitivos italianos y esos orangutanes de alemanes todos, todos dibujan mal la perspectiva y llaman a las cosas por lo que no son, para dañar la reputación de una dama. Porque yo soy una dama, usted lo ha dicho.

K: Lo he dicho y lo mantengo. Devuélvame la luz, voy a dar un paso. ¿Se da cuenta? No hay nada como dar un paso para que todo parezca más grande.

S.T: Me gusta usted. ¿Lo ha notado antes, mientras cenábamos en el restaurante?

K: El sabor del lenguado y su escote, señora Tschissik, todo se ha mezclado en mi cabeza. Es horrible, inhumano, yo con mi propio pez caliente entre las piernas y su marido a mi lado.

S.T: Oh mi marido, el pobre imbécil, lo tenía completamente olvidado. ¿No es eso de ahí una luz y por lo tanto un fondo, una perspectiva de salida? Estoy segura que acabaremos desembocando en alguien, en un espectador, de otro paso, amigo mío, siempre hay gente al final de las cosas, por muy

mala que sea la perspectiva, siempre hay gente mirando por la mirilla, dispuesta a creer lo peor de los otros, murmuradores, cucarachas.

K: Pero esa luz es demasiado pequeña. Voy a tirar la cerilla al aire, a ver si se sostiene como una estrellita.

S.T: (apalude como una niña pequeña) Sí, qué bonito.

K tira la cerilla que se queda suspendida en el aire iluminando tenuemente el espacio.

K: Estos actos poéticos me recuerdan a las navidades, como si estuviéramos en París de compras, ¡claro!, estamos en la bifurcación de la Rue des Petits-Champs.

S.T: Esa es una excelente noticia porque necesito un par de medias nuevas, y en ese pasaje hay muy buenas mercerías.

K: Oh, yo le ayudaré a ponérselas, hasta el muslo.

S.T: ¿Pero dónde está el probador? No crea que nos dejarán entrar en el probador juntos. Empezarán con sus chismorreos, sus crepitaciones, la gente cuando habla así es como si mascase cosas crujientes, también había un puesto de almendras azucaradas cerca del pasaje de la Rue des Petits-Champs, usted me compró un cucurucho, ¿se acuerda? Y masticas y la gente habla, que si la señora Tschissik esto, que si la señora Tschissik lo otro, y no es verdad, sólo bebo una copita antes de dormir porque en general duermo mal, fíjese, en vez de estar en mi cama estoy aquí con usted, ¿me huele el aliento?

K: En absoluto.

T.S: ¿Cómo está su pez?

K: Mi pez está bien, gracias. Yo nunca he hecho caso de esas habladurías, y si pudiera poner un telegrama escribiría a Fra Angélico, aquí falta de todo, todo es demasiado severo, demasiado estrecho, ¿cómo vamos a hacer nada aquí? Unas medias sería lo ideal para usted, quizás una copa de brandy, pero esos malditos primitivos no saben pintar nada que no sean palomas y vírgenes y usted ya no es virgen, perdone que se lo recuerde, al menos no debería serlo, lleva ocho años casada.

T.S: Oh, mi marido, el pobre imbécil, lo tenía completamente olvidado. ¿No ha oído un ladrido?, ¿Por qué dijo brandy? ¿acaso nos hemos perdido en la nieve?

K: No se asuste, señora Tschissik, pero mire con cuidado hacia arriba, sin desnucarse, ¿se da cuenta?, el cielo es de cristal.

La señora mira hacia arriba. Grita.

T.S: ¡Qué bonito!

K: Y se está acercando, Dios mío, el cielo se está cayendo.

T.S: No tenga miedo, amigo mío, a mí los cristales se me dan muy bien. Llamaré al servicio para que los limpien. Los cielos de cristal dan menos problemas que los cielos de plata. La plata se enroña enseguida. Por eso tengo que quitarme esta reputación de plata que se me ha puesto encima

y cambiármela por una de cristal.

K: Pero el cristal es frío.

T.S: Sí, creo que nieva en alguna parte, usted dijo brandy, ¿no oye usted ese ladrido?

K: No quiero oirlo.

T.S: Ya está bien, no podemos estar aquí sin que oiga el ladrido. Alguien más tiene que escuchar el ladrido.

K: Está bien, la amo, escucharé el ladrido.

Se escucha un ladrido con rever. Inmediatamente se ve a lo lejos avanzando a un hombre y a otro hombre con cabeza de perro San Bernardo. Lleva un barrilete de brandy en el cuello. Bailan un tango sin música y de vez en cuando el Hombre golpea al Hombre Cabeza de Perro con un periódico en las nalgas, y este ladra de placer.

T.S: Mire a ese hombre, está pegando al pobre perro.

K: No es un hombre cualquiera, es su marido.

T.S: Oh, mi marido, el pobre imbécil, lo había olvidado.

K: Ahora el perro le morderá, es grande, un San Bernardo. Le comerá la cabeza y entonces ¿qué va a hacer su marido sin cabeza?

T.S: Mi marido vive sin cabeza desde hace años, se le cayó un jueves por la tarde, la tenemos guardada en un cajón, con formol, ya sé que le habrán dicho que fue a partir de ahí, de esos alcoholes en conserva que yo empecé a beber, pero no es esacto, nada es esacto y en eso los primitivos italianos tenían razón.

K: Pero su marido tiene cabeza, señora Tschissik, esta noche hemos cenando juntos en el restaurante, tenía una boca repugnante por donde masticaba y hablaba mientras yo solo podía centrarme en el lenguado y su escote, señora Tschissik.

T.S: Claro que tiene una cabeza, se la hice yo con un kilo de patatas. Las herví y con el puré hice una masa, hice una forma, un cerebro de patata. Todas las mujeres sabemos hacer esos ícubos, es como ser madre, todas sabemos hacer esas artimañas. Pero luego nos huele el aliento. Yo sé que la gente dice que me huele el aliento. ¿Usted que dice?

K: Es al perro a quien le huele el aliento. Lleva un barrilito de brandy. Es su obligación llevar un barrilito de brandy y que le huela el aliento.

T.S: Usted lo comprende todo, amigo mío, es un buen hombre, si no se anda con ojo morirá de una forma horrible, horrible.

K: ¿Me atacará el perro, viene a por mí?

T.S: Es el pez que tiene entre las piernas, ¿sabe? Es tan rígido, tan estrecho, tan vacío. Será mejor que despierte o pondrá la ropa de cama perdida.

K despierta. Se mira avergonzado sus zonas pudendas. No ha habido polución nocturna. Va a la cocina, se sirve un café. Abre la ventana. Se acoda en la ventana mientras bebe el café. Un perro ladra a lo lejos. El hermano de K entra, se sirve un café. De espaldas K. narra su sueño tal como lo escribió Kafka.

Hermano: ¿Qué hiciste anoche?

K: Estuve cenando con los Tschissik.

Hermano: ¿Dónde?

K: En el Graben. Cené lenguado pero no me cayó bien, he tenido un sueño rarísimo. Estaba en un pasaje angosto, bajo una bóveda de cristal no muy alta, parecida a los corredores intransitables que aparecen en los cuadros de los primitivos italianos...

Hermano: Eres culto hasta soñando, nadie sueña con primitivos italianos.

K: Es para que me entiendas, también, también me recordaba a uno de los pasajes que vimos en París, como una bifurcación de la Rue des Petits-Champs, sólo que el de París estaba repleto de tiendas, mientras que este discurría por paredes desnudas y, aparentemente, no permitía el paso de dos personas juntas. Pero si uno entraba realmente en él, como hicimos la señora Tschissik y yo, había una cantidad de espacio sorprendente, aunque a nosotros no..., no nos sorprendía.

Hermano: Lo sorprendente es que estuvieses en un lugar así con la señora Tschissik.

K: Bueno, buscábamos la salida, sí, pero pasaba algo..., ¿cómo era? Era como si la dirección de la salida nos llevase a un posible espectador de toda la escena.

Hermano: ¿Estábais en un teatro?

K: No. Pero ella se disculpaba todo el rato por algún defecto suyo..., creo que era alcohólica, pero me insistía para que no creyese a sus difamadores.

Hermano: ¿Pero qué hacías tú ahí con esa mujer, dónde estaba su marido?

K: Oh, el señor Tschissik azotaba a un San Bernardo lanudo que se alzaba frente a él sobre las patas traseras al otro lado del pasaje. No quedaba claro si jugaba con el perro y descuidaba por ello a su mujer o si quería mantener al perro alejado de nosotros.

Hermano: ¿Y qué pasó?

Vuelve a ladrar el perro en la calle.

K: No lo sé, no me acuerdo. Y además tengo prisa.